

# El combate de la creación

## Un recorrido por la obra de Rafael Argullol

### 1. El creador

**E**s conocido el fragmento de Heráclito: «La guerra es el padre y el rey de todas las cosas, a unos los muestra como dioses y a otros como hombres, a unos esclavos y a otros libres». Una mirada atenta sobre la tradición occidental nos descubriría que los creadores más arriesgados hicieron suya la idea sugerida por el filósofo presocrático. Pocos, sin duda, han entendido que el combate permanente nos sitúa en el «corazón de las tinieblas» de lo humano, y, al mismo tiempo, nos aproxima a los dioses. Paradoja que sólo algunos —Dante, Shakespeare, Hölderlin, Nietzsche, entre pocos más— plasmaron en su esfuerzo creativo, desde la continua confrontación consigo mismos; auténticos prometeos que quisieron robar, en lucha desigual, la condición divina.

En los últimos años cuando una cierta atonía ha invadido el ámbito de la creación, han ido emergiendo los escritos de un autor que suscita desafíos inquietantes. Rafael Argullol (Barcelona, 1949) es, a mi entender —como intentaré demostrar en las próximas líneas—, uno de los creadores más lúcidos en España. Y utilizo, expresamente, el término creador por dos motivos fundamentales. El primero, porque si bien utiliza elementos específicamente narrativos, transgrede cualquier posible categorización. Va más allá de la ortodoxia, de lo establecido y comúnmente aceptado, violentando las rigideces de cualquier género y empleando, según la necesidad del proceso creativo, cualquiera de ellos. En un sentido estricto, obviamente, se hace difícil referirse a él como filósofo, poeta, ensayista o novelista. Antes bien, sintetizaría las cualidades de éstos. Cuando escribe en un texto como novelista, por dar un ejemplo, se fuga inmediatamente dentro del mismo a otro género diferente. Encontramos pensamiento en su poesía, poesía en sus novelas, literatura en sus ensayos, sin poder afirmar que

su poesía sea de ideas, sus novelas sean poéticas, o, sus ensayos, literarios. Se escapa, magistralmente, a cualquier encasillamiento. En esto reside, precisamente, uno de sus logros fundamentales: traspasa cualquier acotamiento, ampliando, de este modo, los espacios creativos. El segundo, porque sus textos reflejan el esfuerzo por desentrañar lo oscuro de la naturaleza. En sus escritos encontramos una fuerza absolutamente fascinante. Estaría fuera de lugar, por mi parte, referirme a su obra desde categorías preestablecidas. Me apoyaré en los textos y en los personajes descritos en los mismos, para hacer patente la aventura intelectual de este creador.

Son once, hasta la fecha, las obras publicadas por Argullol. Entre la aparición de la primera *Lampedusa*, subtitulada *Una historia mediterránea* (1981), y la última, *El fin del mundo como obra de arte* (1991), el autor ha ido configurando —a lo largo de estos diez años— una obra de carácter singular y absoluta brillantez.

## 2. El hombre

Son diversos los envites desde los cuales se hace posible tal reflexión. El primero de ellos, presente en todos sus textos, trasluce una concepción específica del hombre. Continuator de la tradición europea mencionada anteriormente, rastrea los recovecos del ser humano. El hombre limitado en su condición debe luchar contra la resignación —postura propia de los débiles—, bien lejos de lo que debería ser su legítima aspiración: el asemejarse a los dioses. Así, Bruno, protagonista relevante de *El asalto del cielo*, manifiesta esta convicción: «Lo importante es llegar a sentir una verdadera envidia de los dioses y aspirar a ocupar, lo más vengativamente posible, su lugar»<sup>1</sup>. Lo específico del hombre no es la razón, ni tan siquiera su rasgo definitorio, sino este impulso que alienta al hombre a intentar ser Dios: «Eso de que el hombre es un animal racional es una perfecta tontería: el hombre es simplemente el animal que aspira a ser Dios y toda la historia de la humanidad, con sus grandezas y sus miserias, se ha llevado a cabo bajo los impulsos de esta aspiración»<sup>2</sup>.

El concepto de hombre, reflejado en los distintos personajes de Argullol, tiene como anhelo la imposible perfección. Forjado en los elementos primigenios, porfía por vencer los límites de su propia razón, en desesperado intento por alcanzar lo inalcanzable. Algunos están dispuestos a arrebatar la vida a la vida. Inconformistas, los llaman. La mayoría elige el camino de las falsas seguridades, silenciando lo oculto, aceptando lo manifiesto, para alejarse, de este modo, de lo inquietante y verdadero. Apostar por lo contrario supone una auténtica rebelión. En esta apuesta reside la decidida voluntad de aquellos que aman, verdaderamente, al hombre y rompen, con su tesón, el cerco de lo humano razonable («¿Humano, demasiado humano?»). Y, así, Bruno clama: «Quieres hacerme creer que amar al hombre es incitarle a cultivar los tranquilos huertos de la mediocridad y resignarlo, luego, a cosechar mansamente sus efímeras florecillas. Amarle, ¿es revolverle en el fango de sus limitaciones, contentarle con

<sup>1</sup> Rafael Argullol, *El asalto del cielo*, Barcelona, Plaza y Janés, 1986, pág. 115.

<sup>2</sup> Argullol, op. cit., pág. 225.

escualidos placeres y aplaudir las renunciaciones entre las que se supone madurar? ¿Amorle es hacerle razonable? El hombre debe ser razonable, ¡cuántas veces he oído esta afirmación! Tantas que parece ser ésta la virtud más elogiada. Mas, para cuantos la exaltan, razonable no significa otra cosa que domado. Domado por el temor a la vida y por la ruindad moral que él erige en ley. Y todos los espíritus razonables utilizan este látigo contra los demás después de habérselo aplicado ellos mismos como cilicio. ¿Pueden, entonces, los castrados dar enseñanzas sobre el amor? Afortunadamente hay otra forma de amar al hombre o si quieres, y esto te lo concedo, de amar una imagen del hombre que éste, gracias a los que son como tú y a tus predicaciones, vacila en asumir. Los que tú desprecias tratan de emancipar el alma humana de su servidumbre, devolverle la conciencia de su vitalidad salvaje e impulsarla al maravilloso error de asaltar el cielo»<sup>3</sup>. Esta visión del hombre, Argullol la traslada a distintos textos y con otras diferentes voces. ¿No es revelador que la primera colección de poemas (1980), se titule *Disturbios del conocimiento*? ¿No es el título ya una incitación a alterar el conocimiento? ¿No es elocuente que en la segunda colección, *Duelo en el Valle de la Muerte* (1986), encontremos versos de tan desgarradora intensidad como los siguientes?

En remotas gargantas  
escuchas los indefensos sonos del desaliento.  
Después, sin embargo,  
al recordar aquel anhelo primigenio  
que llenó el vacío de tus horas,  
al contemplar los resurrectos destellos  
de la promesa que siempre revive,  
al percibir tu piel  
un tierno temblor por lo que nunca será,  
se renueva en ti aquel secreto coraje  
que hace arder el hombre en lo divino<sup>4</sup>.

Sí, es elocuente. ¿Cómo entender esta concepción del hombre sin la arrebatadora intensidad del disturbio? Un hombre que está al borde de la sin-razón. Ése es el riesgo que asumen los más osados, no puede ser de otra manera. El conocimiento implica, también, un combate feroz dado que «la naturaleza de las cosas suele estar oculta»<sup>5</sup> —¿Heráclito?—, e, intentar desentrañar su rostro verdadero conduce al filo de la locura. Así, finalmente, Bruno alcanza la lucidez de los locos fundiéndose con la negrura de la noche. Con la prosa poética más espeluznante y delicada, Argullol escribe el canto final de Bruno. Merece la pena transcribirlo entero:

Escucha noche, escucha al gran amante  
tiernamente perdido en tus brazos maternos.  
Oyeme sólo tú, esperanza única del que ansía la luz.  
Acaríciame sólo tú, dulce tiniebla del peregrino.  
Comprende tú, tan sólo, las razones del pródigo  
deseoso de desprenderse de sus últimos bienes  
antes de encaminarse por la austera senda de la ausencia  
¿Quién soy, dirás, para permitirme tales palabras?

<sup>3</sup> Argullol, op. cit., pág. 89.

<sup>4</sup> Rafael Argullol, *Duelo en el Valle de la Muerte*, Madrid, Ayuso, 1986, págs. 49-50.

<sup>5</sup> *Heráclito en Los filósofos presocráticos*, trad. C. Eggers y V. Juliá, Madrid, Gredos, 1979, pág. 273.